

Hablemos un poco a favor del suicidio: una revisión crítica de la polémica suscitada en torno al manuscrito de Herculine Barbin

MEDEL CASELLA, Ariel Fernando / Universidad de Buenos Aires - ariel.medel.casella@gmail.com

Eje: Anátomo-políticas y prácticas médicas: cuerpos enfermos y anomalías Tipo de trabajo: ponencia

^a *Palabras claves: hermafrodita - suicidio - ética - biopolítica - subjetivación*

> **Resumen**

El presente trabajo pretende realizar una revisión crítica de la polémica producida en torno a las memorias de Herculine Barbin, un/a hermafrodita del siglo XIX que, mediante un procedimiento médico-jurídico, se somete a una reasignación de sexo, lo cual lo/la condena a una insoportable marginación social, por lo que acaba con su vida pocos años después de su cambio de identidad. En 1980, Michel Foucault publicó el manuscrito junto a una introducción de su propia autoría, intitulado “El sexo verdadero”. Allí define al pasado evocado por Barbin en sus diarios como “los limbos felices de una no identidad”. Esta afirmación recibirá una serie de objeciones por parte de Judith Butler, quien sostiene que la lectura de Foucault no admite las relaciones de poder que generaron y condenaron la sexualidad de Herculine. Así las cosas, nuestro análisis de las lecturas de estos dos filósofos se centrará en las implicancias que tiene el suicidio de Barbin en cada una de ellas. En principio, contrastaremos las conclusiones que Butler extrae con respecto a lo dicho en “El sexo verdadero” con aquellas que la misma autora formula al abordar un caso similar, el de David Reimer. De allí se desprenderá que las diferencias se deben a que el suicidio de Barbin no le permite desplegar los fundamentos de su ética, condicionando su análisis. Finalmente, examinaremos un texto de 1979 en el que Foucault, en claro tono irónico, argumenta a favor del suicidio, en respuesta al hecho de que las sociedades modernas hayan convertido a la muerte en un tabú, como consecuencia del predominio de la biopolítica. La revisión de los escritos de 1979 y 1980 demostrará que ambos dialogan entre sí, lo cual se vincula con el desarrollo de la noción de subjetivación en esta etapa de la producción filosófica de Foucault.

> **Presentación**

El 8 de noviembre de 1838 nace en un pequeño pueblo francés una supuesta niña que es inscrita con el nombre de Herculine Adelaïde Barbin Destouches. Entre 1845 y 1858, hace su paso por distintas instituciones, siendo educada en un medio casi exclusivamente femenino y religioso. Entre 1858 y 1860, cuando tiene 20 y 21 años, ejerce como maestra en un pensionado, en donde vive su gran experiencia amorosa con Sara, la hija de la dueña del establecimiento. Es en este momento cuando, tras una serie de confesiones, un obispo deriva a Herculine con un médico. Desde entonces, la interpretación de su anomalía anatómica y su “solución” pasan al campo médico-jurídico. Con la intención de reparar un error inicial, en 1860 se somete a la reasignación de sexo y a la rectificación de su estado civil. De este modo, a los 21 años, a partir del 21 de junio de 1860, pasa a llamarse *Abel*. Sexo, género y deseo han quedado acordados: se le hace saber, al inscribirlo como varón, que es y ha de ser un varón, y se espera que, con su conducta y apariencia, responda a lo que se espera de un varón en ese momento histórico. Trágicamente, no sabe cómo hacerse cargo de la nueva situación de un cambio de identidad civil que lo/la constriñe a someterse a la disciplina de su nuevo género. A los 25 años, ya en 1863, vive solo en París, y comienza a redactar sus memorias. Finalmente, en febrero de 1868, a los 29 años, encuentran su cadáver en su modesta habitación parisina. Condenado a una insoportable marginación social, decidió suicidarse, asfixiándose con el gas de su cocina. Junto al cuerpo, hallan su manuscrito, un texto en el que serán significativos los detalles de su vida que hemos señalado. El escrito fue publicado en 1874, formando parte del despliegue de un trabajo del médico y criminólogo Auguste Tardieu, titulado este *Cuestiones médico legales de la identidad en sus relaciones con los vicios de conformación de los órganos sexuales*. Sin dudas, la publicación de Tardieu participó de la construcción del discurso que estaba alcanzando su auge mediante la convergencia de los estudios médicos, jurídicos y literarios, es decir, el discurso preocupado por determinar, clasificar y controlar las anomalías, y, en particular, los placeres perversos de los sujetos.

› **El retorno de Herculine Barbin**

En el siglo XX, fue Michel Foucault quien rescató el texto del olvido. En 1978, inauguró una colección en Gallimard con el caso de “Herculine Barbin, llamada Alexina B”. El caso tuvo un segundo tiempo en su elaboración y publicación. En 1980, Foucault presenta a Herculine Barbin al público estadounidense. No se trató solo de una traducción, ya que agrega una *nouvelle* inspirada en la historia de Barbin y, además, escribe una introducción intitulada “El sexo verdadero”, donde realiza las siguientes apreciaciones del escrito de Barbin:

... el relato escapa a toda forma posible de identificación. Parece como si el duro juego de la verdad, que más tarde los médicos impusieron a la anatomía incierta de Alexina, no quisiera ser practicado en ese medio de mujeres hasta el momento del descubrimiento, aplazado por

todas lo más posible y finalmente precipitado por dos hombres, un sacerdote y un médico. (...) Cuando Alexina redacta sus memorias no se encuentra lejos del suicidio; ella sigue sintiéndose sin un sexo determinado, pero esta vez privada de las delicias que experimentaba al no tenerlo o, al menos, al no tener el mismo que aquéllas con las que vivía y a las que amaba y deseaba tanto. Lo que entonces evoca en su pasado son los limbos felices de una no identidad que, paradójicamente, se amparaba en la vida de estas sociedades cerradas, estrechas y cálidas que conocían la extraña felicidad, a la vez obligatoria y prohibida, de no conocer más que un solo sexo (1985: 16).

Años más tarde, esta observación recibió un categórico rechazo en el ya clásico libro de Judith Butler, *El género en disputa*. Para Butler, Foucault incurrió en una incoherencia doctrinal, siendo su texto un retroceso con respecto a lo ya avanzado en *La voluntad de saber*. En un gesto de indulgencia sentimental, el filósofo habría cedido a un romanticismo liberacionista al idealizar la vida de Barbin en las instituciones educativas, concibiéndola como un mundo de placeres anterior a la aparición de la ley, el cual va más allá de la categoría del sexo y de la identidad. Así, Foucault desconoce el peso de las prohibiciones y tabúes, no admitiendo las relaciones de poder específicas que generan y condenan la sexualidad de Herculine. Al leer el escrito de Barbin, Butler sostiene que

... su disposición sexual es ambivalente desde el inicio, que su sexualidad resume la estructura ambivalente de su producción, explicada en parte como el precepto institucional de buscar el amor de las «hermanas» y «madres» de la familia extensa del convento y la prohibición absoluta de llevar demasiado lejos ese amor (2007: 206).

Concluye Butler que Herculine representa “la capacidad misteriosa de la ley para organizar únicamente las rebeliones que —por fidelidad— seguramente se subyugarán a sí mismas y a aquellos sujetos que, completamente sometidos, no tengan más alternativa que repetir la ley de su génesis” (ibíd.: 216).

› **No tan distintxs: el caso de David Reimer**

¿Qué, a los ojos de Butler, pudo haber redimido a Barbin y, transitivamente, a la lectura que Foucault hace de su manuscrito? Podemos conjeturar una respuesta tentativa considerando un libro posterior de la autora, *Deshacer el género*, donde indaga sobre el caso de David Reimer, quien nació con los cromosomas XY y, al poco de nacer, su pene fue quemado y mutilado accidentalmente durante una operación quirúrgica para rectificar la fimosis. David fue sexualmente reasignado como mujer, pero, al no identificarse con este género, empezó a vivir como hombre. “Desde su punto de vista, es un hombre nacido hombre, castrado por la clase médica y feminizado por el mundo psiquiátrico, a quien se le permite volver a ser quien es” (Butler, 2006: 100). El “duro juego de verdad” no termina aquí, sino que constantemente se interrogó a David, con el fin de esclarecer la verdad de su sexo a través del discurso que él provee. Al igual que en el caso de Barbin, Butler se propone aquí leer el marco disciplinario dentro del cual David desarrolló un discurso de autocomprensión, marco que constituye los principios inteligibilidad mediante los cuales su propia humanidad se cuestiona y se afirma a la vez. Aunque las

declaraciones de David transmiten los ideales y el sentido de la anormalidad que las normas postulan, Butler pone el acento en el siguiente “fragmento lingüístico”:

... me di cuenta que esas personas debían de ser bastante superficiales si eso es lo único que piensan que tengo; si creen que la única razón por la que la gente se casa y tiene niños y una vida productiva es a causa de lo que tienen entre sus piernas (...) Si eso es lo que piensan de mí, si se me valora por lo que tengo entre mis piernas, entonces debo de ser un absoluto perdedor (ibíd.: 108).

Para Butler, aquí se pone de manifiesto aquello que Foucault concibe como una des-subyugación del sujeto dentro de la política de la verdad, una perspectiva crítica sobre las normas que confieren la inteligibilidad misma. Al hablar sobre una cierta certeza que tiene acerca de su propia capacidad de ser amado, David expresa la complejidad de su valoración y su deseo. Él pidió y recibió su nuevo falo, pero se niega a ser reducido a la parte del cuerpo que ha adquirido, manifestando así que posee otro sentido de cómo puede explicarse la valoración de una persona. Butler señala que hay algo de él que está ganando y ese algo excede a la norma. David admite la imposibilidad de reconocerlo, y al hacerlo, se percibe a sí mismo como alguien que no es completamente categorizable. De este modo, el análisis del caso de David Reimer logra desplegar satisfactoriamente todos los componentes de la ética butleriana, incluso la concepción de una potencia ética y política que anida, aunque sin garantías, en la explicitación de las normas y las leyes. No obstante, podemos observar una aclaración al final del texto en la que Butler nos informa que en el mismo momento que su libro iba a ser impreso, David Reimer se suicida. La autora aclara: “Evidentemente, las normas que rigen lo que es una vida humana respetable, reconocible y sostenible no apoyaron su existencia de una forma continuada y sólida. La vida para él fue siempre una apuesta y un riesgo, un logro frágil que exigía valentía” (ibíd.: 112). Entonces, si Butler hubiera escrito sobre David conociendo ya la decisión que pone fin a su vida, ¿lo hubiese hecho en los mismos términos? Creemos que no, porque ella piensa una ética que, “si pretende generar resultados no violentos, debe encontrar un lugar de vida para ese ‘yo’” (Butler, 2009: 20). La nota injertada por Butler nos habla de un factor que atenta contra la dimensión ética de su teoría de la performatividad del género, y por tanto, contra esta misma en su totalidad, ya que se precisa de un futuro para “apostar”, para que la identidad de género se construya a través de la reiteración ritualizada de actos que citan, coherente o incoherentemente, las normas de género que determinan el campo de nuestra ontología. Tengamos presente las siguientes palabras que la filósofa dedica a la lectura que hace Foucault del manuscrito de Barbin: “nos encontramos frente a una ambivalencia fatal, creada por la ley prohibitiva, que, pese a sus efectos de feliz dispersión, termina en el suicidio de Herculine” (Butler, 2007: 205). ¿No se podría pensar que la misma ambivalencia se presenta en el hecho de que David no puede cuestionar la norma sin efectuar una “crítica lega al falo”, como Butler misma lo define, evidenciándose aquí también que “lo Otro no es sino la construcción negativa del sujeto masculino” (ibíd.: 212)?

› **Hablemos un poco a favor del suicidio**

Pero, ¿qué hay de Foucault y su *feliz limbo de una no identidad*? ¿Realmente negó el peso de las relaciones de poder, siendo que al mismo tiempo no deja de sugerirnos que “el poder es tolerable solo con la condición de enmascarar una parte importante de sí mismo” (Foucault, 2012: 83)? En realidad, no es que no las haya admitido, sino que, simplemente, no fue su intención llevar el análisis hacia ese nivel. Butler, quien ha demostrado a lo largo de su producción filosófica ser una exhaustiva lectora de Foucault, ha pasado por alto un escrito de 1979, publicado en el primer número de la revista *Le Gai Pied* bajo el título “Un placer tan sencillo”, en el que el autor se propone hablar *un poco a favor del suicidio*. Sobre este escrito, Anna Quintanas afirma:

... Foucault se interrogó sobre el carácter unidimensional de los caminos trazados por una biopolítica que nos impulsa, no solo a convertir la muerte en un tabú sobre el que cabe pronunciarse lo menos posible, sino también en un final aséptico, altamente tecnificado, y dirigido por toda una serie de protocolos sanitarios preestablecidos, ante los que no existe más opción que la de someterse pasivamente a ellos. Frente a esta realidad, Foucault se preguntó si sería posible contemplar la muerte como última oportunidad para experimentar de otra manera los últimos segundos de la vida, más allá de estos parámetros uniformadores prediseñados por la sociedad normalizadora en la que vivimos (2010: 179).

Al respecto, conviene hacer una breve digresión. El poder soberano de *hacer morir o dejar vivir* es reemplazado en el dispositivo biopolítico por el poder de *hacer vivir y rechazar hacia la muerte*. El biopoder, que se desarrolló desde el siglo XVII y logró su predominio en el siglo XIX, establece su fuerza en la vida y a lo largo de su desarrollo, por lo tanto, “la muerte es su límite, el momento que no puede apresar, se torna el punto más secreto de la existencia, el más ‘privado’” (Foucault, 2012: 131). La muerte pone en evidencia las debilidades o líneas de fuga del poder, de ahí que Foucault sostenga en *La voluntad de saber* que el suicidio hace “aparecer, en las fronteras y los intersticios del poder que se ejerce sobre la vida, el derecho individual y privado de morir” (id.). A su vez, afirma que la vida escapa incesantemente a las técnicas que intentan dominarla y administrarla, que el poder posibilita la resistencia a sí mismo.

Retomando esta problemática, el texto de 1979 propone, en claro tono irónico, pensar nuevas formas de quitarse la vida, conferirle un sentido propio a nuestra muerte. Si el sujeto foucaultiano es deliberativo e intencional, actuando sobre sí como si fuera una especie de materia, aquí se le pide que realice una configuración estética de su último segundo de vida: imaginación, composición, esfuerzo, todo ello y más, es requerido para hacer de la muerte “una obra sin espectador que existe únicamente para mí” (Foucault, 1999: 200). Muerte y placer aparecen homologados en un escrito que se encuentra claramente en diálogo con la inminente publicación del manuscrito de Barbin en Estados Unidos. Examinemos el guiño autobiográfico con que se inicia:

Los homosexuales se suicidan a menudo, dice un tratado de psiquiatría. “A menudo” me encanta. Imaginemos chicos altos, delicados, con las mejillas pálidas, que, incapaces de

franquear el umbral del otro sexo, no dejan durante su vida de entrar en la muerte para salir de ella inmediatamente, dando un portazo con gran estrépito. Lo que no deja de importunar a los vecinos. A falta de bodas con el bello sexo, se casan con la muerte. El otro lado, en lugar del otro sexo. Pero son tan incapaces de morir totalmente, como de vivir verdaderamente. En este juego risible, los homosexuales se desacreditan mutuamente (ibíd.: 199).

Las resonancias son mucho más evidentes si tenemos en cuenta que Foucault, unos meses después de presentar a Herculine al público estadounidense, publica en *Arcadie*, la controversial revista gay, una versión en francés de “El sexo verdadero” con dos párrafos agregados, en los que aclara que el *limbo* no remite a la falta de la ley, sino a la falta de una presión social hacia el otro sexo, el cual no está presente para poder decir “si no eres tú, exacta e idénticamente, entonces eres yo” (citado por Capurro 2004, 63). Más tarde, agrega:

[Herculine] No estaba atravesada por ese formidable deseo, que algunos conocen, de alcanzar al “otro sexo” y que se sienten traicionados por su anatomía o aprisionados en una injusta identidad. Creo que, en ese mundo de un solo sexo en donde estaban todas sus emociones y todos sus amores, gustaba ser “*autre*” sin nunca tener que ser “*de l’autre sexe*” (id.).

Claramente, Foucault realiza en este período variaciones de dos temas específicos: el suicidio y la homosexualidad, pensados en términos de franqueamientos posibles, es decir, sin perder de vista el potencial disruptivo asignado a la vida y a la muerte en *La voluntad de saber*. El trasfondo de esta indagación se encuentra en su propia vida, la cual se ve impulsada en esta época por la búsqueda de la verdad en sus diversas facetas. Al respecto, Raquel Capurro señala:

Foucault nunca dejó de lado las implicancias subjetivas de su labor intelectual, por esa razón, no es algo menor señalar el tenor de las intervenciones públicas ocurridas esos años, también en USA, en donde claramente se implica de formas muy precisas y personales en su manera de entender y criticar los discursos sobre la sexualidad. En este sentido, la introducción que escribe para la edición americana de Herculine Barbin forma parte de esa serie de intervenciones que extraen su contenido de la misma veta... (Capurro, 2004: 34).

Hasta el mismo Foucault ha declarado que nunca escribió algo que no haya experimentado y que sus afirmaciones sobre los modos de implicación del sujeto en los discursos valían también para él. Según Capurro, desde 1975, el autor entabla una relación con el movimiento gay en San Francisco, descubriendo allí una libertad que no le era practicable en París. En este contexto, buscó aceptarse y asumirse, deseando vivir plenamente su homosexualidad, dejando atrás la angustia que lo llevó en su juventud a tener reiterados intentos de suicidio. Por cierto, el manuscrito de Herculine no ha sido ajeno a este proceso:

La trayectoria de la publicación del caso de Herculine Barbin acompaña, pues, a Foucault en este tramo de su periplo personal. Puede decirse que el punto final con que cierra su intervención en el caso está íntimamente tramado con cierto asentimiento en donde, con su propio *coming out*, inicia otra etapa que se hará visible en las intervenciones de esos años y en las últimas publicaciones y seminarios: la de una cierta calidad de libertad no exenta de sutil humor e ironía (ibíd.: 37).

> **A modo de cierre**

Para concluir, diremos que la problemática del tabú de la muerte que Foucault decide seguir explorando en 1979, será expuesta sigilosamente en 1980 cuando recupera y hace público el manuscrito de Barbin. Allí postula un *limbo* que, por una parte, licencia al filósofo para soslayar la *microfísica del poder*, ampliamente desarrollada ya en su reciente producción. Por otra parte, expresa la cuestión de los límites y sus transgresiones, evocando los términos en que se ha abordado el deseo y la muerte anteriormente, vinculando así la vida de Barbin con su irónica propuesta de estetizar la muerte, ironía que él/ella cumple *literalmente* (tengamos presente que Herculine se define a sí misma como precursor/a del culto a los muertos (Foucault, 1985: 120), justamente, en las páginas destacadas por un refinamiento estilístico). Con todo, esta secuencia de textos se vincula con las coexistentes elaboraciones teóricas de autor, en la medida en que no solo publica un escrito en el que un *yo* se hace público frente a un otro, sino que lo emplea para producir una textualidad que persigue un análogo propósito. A principios de la década del '80, el filósofo se desdice de la crítica a la confesión formulada en *La voluntad de saber*, donde la reprobaba al concebirla como una práctica al servicio de un poder regulador que produce un sujeto obligado a decir la verdad de su deseo. Ya no se piensa que la práctica de la confesión provoca una manifestación del *yo* que se corresponde a una supuesta verdad interna, sino que se la postula como la escena verbal y corporal de la demostración de sí mismo: la finalidad de la confesión es la producción performativa del sujeto que se confiesa, ya que este, al hablarse, se convierte en lo que es. En consonancia, a partir del año 1980, Foucault emprende una modificación en torno a la tónica del sujeto: el acento se desplaza de las formas de sujeción a los poderes a las formas de relación del sujeto con la verdad y consigo mismo. El concepto de subjetivación será clave en este período, el cual se irá identificando con los ejercicios y prácticas que el francés denomina “técnicas de sí” o “artes de existencia”, mediante los cuales los sujetos “buscan transformarse a sí mismos, modificarse en su ser singular y hacer de su vida una obra que presente ciertos valores estéticos y responde a ciertos criterios de estilo” (Foucault, 2008: 17).

En esta instancia, se vuelve relevante el hecho de que Butler haya reprobado a Foucault en los siguientes términos: “Foucault, quien solo concedió una entrevista sobre la homosexualidad y siempre ha eludido el momento confesional en su propia obra, nos presenta, sin embargo, la confesión de Herculine de una manera descaradamente didáctica” (2007: 209). Técnicamente, no se puede equiparar la divulgación de los escritos pertenecientes al período que hemos tratado con un *coming out of the closet*, sin embargo, ¿no es clara allí la intención del autor de llevar la relación consigo mismo al ámbito de la apariencia, centrándose en los avatares de una sexualidad disidente? Siguiendo a Capurro, podemos

pensar que el trasfondo de la operación de escritura foucaultiana se cifra en una política gay que realiza una comprensión *queer* de la identidad homosexual:

Para Foucault no se trata de reformular una nueva clasificación que integre en la normalidad a los llamados homosexuales, logro que políticamente no es desdeñable, sino que su propuesta va más allá del campo político y apunta a una estética de la existencia (...) La pregunta ya no es ¿quiénes somos? Ni ¿cuál es el sexo verdadero? Al contrario, se trata de escapar a esas preguntas tramposas mediante esta otra: ¿qué hacemos de nosotros mismos? Ese horizonte pragmático es a la vez un horizonte estético, una invitación a desplegar en la vida una cierta inventiva, un "savoir faire", un estilo en donde la verdad queda colocada en relación a un decir tramado con una vida en construcción (2004:190).

Si se desplaza la posición del homosexual de una posición de objeto a una de sujeto, el sujeto homosexual puede ahora proclamar una identidad sin esencia, caracterizada por la falta de un contenido claro. Reaccionando ante la institucionalización de las formas de la clausura, la alternativa al *coming out* consiste en apostar por nuestra potencialidad creativa hasta en el último instante de nuestras vidas. Emplear una versión del sexo subjetivada como trágica para pasar gradualmente hacia la risa: inauguración de un sujeto foucaultiano que será siempre una subjetivación procesual.

Bibliografía

- Butler, J. (2006). "Hacerle justicia a alguien: la reasignación de sexo y las alegorías de la transexualidad". En *Deshacer el género*. Barcelona, Paidós.
- _____ (2007). "Foucault, Herculine y la política de discontinuidad sexual". En *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós.
- _____ (2009). "Dar cuenta de sí mismo". En *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Capurro, R. (2004). *Del sexo y su sombra. Del "misterioso hermafrodita" de Michel Foucault*. Córdoba, Epeele.
- Foucault, M. (1985). *Herculine Barbin llamada Alexina B.*. Madrid, Revolución.
- _____ (1999). "Un placer tan sencillo". En *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales*, vol. 3. Barcelona, Paidós.
- _____ (2008). "Modificaciones". En *Historia de la sexualidad II: el uso de los placeres*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- _____ (2012). *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Quintanas, A (2010). "El tabú de la muerte y la biopolítica según M. Foucault". En *Daimon* n° 51, 171-182.